

PRIMA

9



L
A
P
I
Z

30 C.



LAW

L
A
P
I
N

R. 05



Veritas Comercial Chileno

GUIA DE INFORMACION COMERCIAL

— E INDUSTRIAS DE CHILE —

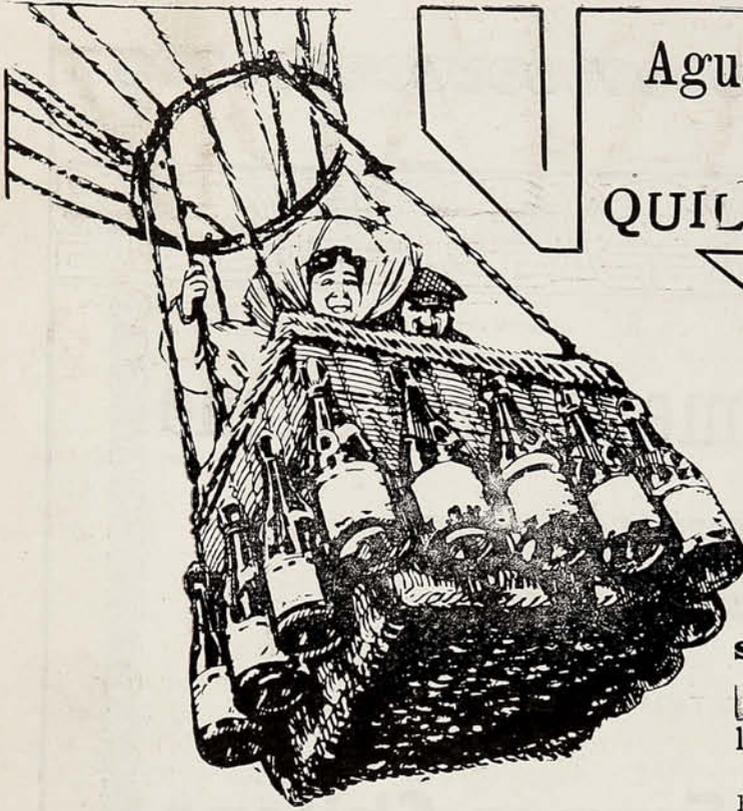
EDITADA POR LA

Empresa Franco-Chilena

EN SU IMPRENTA SUD-AMERICANA — PRAT 1122

Única obra que se publica en su género en Sud-América, conteniendo la totalidad de las firmas establecidas en el país.

Acaba de aparecer



Agua Mineral
Fuente del Indio
QUILLOTA



Sana, [Agradable, Digestiva

La mejor para acompañar las comidas.

Imposible pasar sin ella después de haberla probado **una sola vez.**



Usé los productos

JUNOL

y ya no me cabe duda de la tersura y limpidez que adquiere un rostro.

Jabones

PRODUCTOS
JUNOL

Esencia



ÚSELOS UD. TAMBIÉN

JUNOL



LOS PRODUCTOS JUNOL

Rejuvenecen dan al cútis una transparencia verdade-

Polvos

ramente envi-
diable. : : :

Cremas

PRUÉBELOS-JUNOL-PRUÉBELOS

PLUMA Y LÁPIZ

«SEMANARIO DE ARTE»

ADMINISTRACIÓN

Arturo Prat, 1122

DIRECTOR

Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO

Cristóbal Fernandez

PRIMER REDACTOR

Martin Escobar

Secretario: Daniel de la Vega.

Correspondencia al Director: Casilla 2443

□ Oficina de Redacción: Morandé 432 □

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,

□ □ □ □ □ Casilla, 2443 □ □ □ □ □

AÑO I

SANTIAGO, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1912

NUM. 9

RUBEN DARÍO

En algunos días más se hallará en medio de nosotros el gran poeta nicaragüense Ruben Darío, á quien los mismos españoles no vacilan en consagrar como el primero de cuantos escriben en lengua castellana. La presencia de Ruben Darío en Chile—después de un cuarto de siglo de glorioso aventurar que ha permanecido lejos de nosotros—ha de ser el acontecimiento literario más interesante del año. Los que sobreviven de su generación, los que fueron sus camaradas en épocas de bohemia voluntaria ó forzada, sienten el deseo cordial de estrecharlo de nuevo entre sus brazos, como el hermano triunfador de los cuentos de hadas; mientras los jóvenes, el gran grupo de muchachos que ayudan á PLUMA Y LÁPIZ y que tienen en ella su hogar intelectual y no resisten á la ansiedad de aguardar y conocer al Maestro, al que, contra el gruñir de los críticos y el muequear de los humoristas, ha logrado, por la sola virtud de su genio llenar con su nombre y con su obra todo un período de la literatura hispano-americana. Es la suya una personalidad que ya no se discute, y solo unos cuantos atrasados mentales, —de esos que nunca faltan— persisten en considerarlo y aun en acusarlo como á jefe de una escuela determinada, cuando en realidad, él no ha hecho otra cosa que buscarse a sí mismo, cultivando y robusteciendo su originalidad, sin cuidarse de discípulos ni de prosélitos. Ruben Darío ha sido un innovador y un renovador. Eso basta para su gloria; y no es culpa suya ni hay derecho para reprocharle nada, si sus imitadores no han tenido facultades que se aproximen á las suyas.

Golondrina del trópico, él estuvo entre nosotros haciendo la etapa—la primera—de su peregrinación hacia la gran luz de la cultura

européa. Buenos Aires fué la segunda, Madrid la tercera y París la definitiva. Esa golondrina tenía alas y pupilas de cóndor, y ni le fatigó la distancia ni le desorientó el esplendor de las alturas. Ha cruzado bajo todos cielos, y en todas partes sus cantos, que resumen y multiplican todas las armonías del instrumento poético, han derramado dulzuras y entusiasmos sobre el éxtasis de las muchedumbres.

Aigo, un jirón de la áspera y anunciadora juventud del poeta, nos pertenece. Por más que éste ambiente apático haya sido mas de una vez hostil al vuelo de ese pájaro encantado de las selvas tórcidas, no podemos menos de recordar con satisfacción que fué entre nosotros donde Darío vió brotar á su paso, entre rojos copihues, las primeras hojas del laurel sagrado. Aquí fué donde publicó sus «Abrojos» sus «Rimas», su «Canto Epico á las Glorias de Chile» y su «Azul» ¡ese evangelio de los nuevos! Vive todavía en nuestra Quinta Normal el árbol predilecto de Ruben, aquel á cuya sombra iba á adormecer sus nostalgias de vagabundo ante sus visiones de inspirado. Roberto Brevesesen,—ese otro talentoso tropical, aquí formado—se lo ha dicho en su *Epístola*:

«Aquí está el saúz! Aquí se abrió tu alma como una flor de juventud, al rayo puro de la mañana de tu gloria.....»

La vuelta de Ruben tendrá para él algo de la sensación que se experimenta, después de años de ausencia, ante el solar de los mayores, y para nosotros, la alegría con qué, á la puerta del hogar, se aguarda al guerrero vencedor cargado con los trofeos de cien combates que han sido otras tantas victorias bien ganadas.

ARLEQUÍN

Máscara de la Comedia del Arte.

Arlequín—tipo de vida que se desconoce y se miente a sí mismo en una perpétua transformación, en una extraña locura de iris — nació en las farsas regocijadas de la «Commedia dell' Arte» en la ciudad de Bérgamo, junto con el ingénuo «Brighella», hambriento y apaleado, y encarnó sobre los tinglados la carátula frívola y risueña de la astucia. Crido dea



«Pulcinella» ó «Polichinela» un mercader de las cercanías de Nápoles, máscara de las más curiosas de la comedia, giboso como el antiguo «Maccus» de las Atelanas, filósofo pedante, imagen viva del enredo y de la intriga y charlador infatigable, Arlequín nutrió por fuerza de ingenio su espíritu, en razón de la misma vida de aventuras que estaba obligado á llevar al lado de su amo, tratante de mercaderes y judíos y que salía á menudo á desbalijar á los caminantes en

la encrucijada de los caminos... En este libro desvergonzado, junto á este filósofo zandunguero, Arlequín aprendió sabrosas lecciones de vida. Más tarde la experiencia debía enseñarle que nada hay como servir á un amo astuto y perpicaz...

Bien conocía el pilluelo, por otra parte, que si su cuerpo se amoldaba á las miserias porque Polichinella lo hacía pasar, su espíritu reía á carcajadas, cuando más tarde, y en las propias jorobas del filósofo, envuelto en la misma remendada capa del mercader, urdía como un diablillo travieso, esas jugarretas que hacían temblar las jibas de su amo y estremecían su vibrante cuerpecillo. No en balde tenía en su alma, cierto claro-oscuro trágico y canallesco que lo acercaba á Mefistófeles y lo hacía nieto de las brujas del aquellarre. Enervador tufillo satánico impregnaba sus pupilas vivaces é inquietas, brillantes y astutas. La máscara negra que velaba á medias su rostro de pícaro aventurero, zahumaba de misterioso sabor su personalidad y su traje serpentino, multicoloro, sentaba bien en él, hecho como estaba, á la burla incisiva y al donaire zumbador, al fingimiento y á la astucia, al enredo y á la intriga. Copiaba en cierto modo, la ondulante inquietud de la vida, pero más tarde, andando el tiempo, la vida debía reflejar toda su caprichosa y vivaz locura hasta el punto que de ella dirían, aludiendo á sus inesperadas sorpresas: ¡vida arlequinesca!

Era de ver, como desde los tinglados de las plazas, detenía con sus piruetas y fanfarronadas al despreocupado traginante; cómo príncipes y grandes señores damas y cortesanas, vagabundos y doctores, confundían sus almas en una sola y reían ruidosamente de sus gracias y donaires, de su intriga ingeniosa, que hacía que los bastonazos que el grave señor Pantalon descargaba sobre sus espaldas, dieran como por arte de magia, sobre las espaldas de Brighella, Mezzetino ó el Doctor... ¡Pícaro Arlequín!... Era amado de las Lelias y Rosauras, Flaminias y Octavias de la Comedia del Arte. Agradaba su ironía satánica, su burla donosa, su ingeniosa vivacidad. Y es que Arlequín reía siempre, así en las farsas grotescas de la comedia, como en las farsas joco-sérias de la vida...

En el fondo de su espíritu mefistofélico un poeta dormía... Junto á la fuente charladora de un jardín, cuando alguna vez en el reposo de la noche, Lelia, la dulce y coquetueta mujer de Pantalon se sentara a soñar, Arlequín á espaldas del marido, se complacía en rimar con el reir del agua sus aladas y sutiles palabras, cerca su boca del lobulillo rosado de la oreja carnosa de Lelia y en él ponía despues, á manera de sabroso comentario, el remolino de unos cuantos besos loros!.. Bien sabía que para triunfar en estas luchas de la vida, era menester hechizar corazones femeninos, que por ellos, una vez rendidos, se llega á todas partes y deshilaba sin abusar, sus respuntes de poeta y soñador y era así el amo, donde por fuerza hubiera debido ser el criado... No era poeta siempre! Ah!... nó!... Fuera locura en el soñar de continuo. La vida—su maestra y su escuela—le había en-

señado, cómo, por arte de maña, vá más lejos el pícaro, astuto y burlón, lisongero y farsante, que nó el tímido, sin dobleces, poeta enamorado de ensueños y mirages... Padeció mas privaciones y amarguras cuando estuvo en el servicio de Polichinela que cuando, libre y solo, dió en buscar la holgura y el bienestar. Claro está que el criado se hace á imagen del amo y Arlequín derivó de su señor más astucias y mañas que colores tenía su traje serpentino...

La Commedia dell' Arte lo presenta— á más del carácter de máscara fija, es decir, que en todas las farsas y «escenari» desempeña siempre un rol de importancia, diferenciándose así de las máscaras «de acomodo» sin carácter constante— astuto y perpicaz, impertinente y enamorado... Enamorado hasta el delirio, más tarde será el rival de Pierrot cuando éste insinúa en las farsas, su lánguida y enigmática carátula. Así las Lelias, Octavias, Lucrecias ó Florindas, lo amarán más por hombre ducho en achaques de amor, que no á Pierrot por poeta, malaventurado y melancólico. Será ladrón de caminos y disfrazado desbaliar por los senderos á incautos triganantes. En las posadas humildes, á donde llegan viajeros de todas condiciones, degranará con esa su desvergüenza sabrosa y su discreto y perlino enseñar, añejas historias de bandidos y princesas encantadas que se mueren de amor en sombríos castillos... Su palabra diabólicamente adormecedora irá tejiendo cendales de brumas sobre las cansadas pupilas de los caminantes, pondrá filtro hechiceril en el corazon de sus oyentes y entrada la noche, Arlequín y su criado, repletos los bolsillos de oro, al galope de los caballos, por oscuros caminos, correrán al encuentro de nuevas aventuras. Va á enamorar donasas muchachas en los jardines de los palacios y en las plazas quietas de las ciudades. Con su poeta al lado, que vive en él, porque siendo conocedor de la vida, sabe despertarlo en hora oportuna, triunfará sobre cortesanos y grandes señores... ¿No fué acaso dura la vida con él?... No fué acaso la vida quien le enseñó que para triunfar es menester de astucia y desvergüenza?...

Arlequin es un símbolo, Arlequin es la vida; Arlequin es la parte luchadora del hombre, astuto é inge-

nioso, vivaz y canallezco. Es un farsante; pero un farsante discreto, elegante, nutrido de espiritualidad. En sus mañas y astucias, se desdobra, se retuerce, se hace otro, hasta llegar como el hipócrita hábil é inteligente, á desconocerse á sí mismo, á buscarse á sí propio sin encontrarse jamas, en una locura cambiante, multiforme, estraña. Nunca es burdo ni vulgar, ni nunca deja de ser quien es, así cuando huye con la mujer del grave señor «Pantalon», como cuando desafia al «Capitan» ó cuando desbaliar al trajinante ó enamora á las Flaminias y Octavias de la Comedia. Pulcro y discreto, elegante y mefistofélico, su carcajada triunfadora, parece rodar erizada de ironías sangrientas... Sin embargo, sabe hacerla susurrante, mansa, apenas perceptible, como un desrizamiento de sonrisa á flor de labio, levemente insinuada... Posee el arte supremo de los hombres de mundo, medio exéptico, medio indolente, algo despreocupado, con actitudes y maneras esquisitas. Por eso, alguna vez, en las farsas locas de los carnavales venecianos, su silueta policroma, cruzó furtivamente, los concursos de máscaras, por orden del Consejo de los Diez, el mismo á modo de «máscara pesquisante» para sorprender ciertos secretos de la República...

Así, en la vida, su máscara se complica. Como á Pierrot, el arte de los injenuos y de los mimos fija el tipo definitivo. En Pierrot, Debureau; en Arlequin Tristano Martinelli, comunican, con su arte, ó la máscara un encanto bello, no sospechado. Las cortes fastuosas llaman á este Arlequin para que sobre los escenarios, prolongue en piruetas elegantes, el tipo del serpentino. Las crónicas de entonces, hablan del arte de este cómico que fué quien dió mayor vida al tipo de Arlequin. Así refleja la cambiante frivolidad de la sociedad de aquellos tiempos. Mas tarde, la vida hace de él su espejo y se proyecta. La vida actual loca y vertiginosa, epiléptica, como han dado en decir, puede reconocerse en él... Los farsantes injeniosos y espirituales, astutos y enamorados pueden en rigor, llamarlo su hermano...

DOMINGO MELFI D.

Santiago, Agosto 1912.

TRISTEZAS QUE CANTAN

Alma! tú tienes angustia
y frio, tú tienes friol
Como una azucena mustia
lloras en el pecho mío.

Alma! tú tienes angustia!

Hoy no sabes de soñares
y estrañamente musitas...
Todos tus viejos cantares
son como flores marchitas.

...son como flores marchitas!

Una lluvia fria, fria,
alma! sobre tí ha caído
y se alejó la alegría
de la que eras blanco nido.

...una lluvia fria, fria!

Una nieve lenta, lenta,
sobre tí ha estado cayendo,
y acaso no te atormenta
pero te deja muriendo.

...una nieve lenta, lenta!

Alma! tú tienes angustia
y el paisaje no te alegra.
Como una azucena mustia
piensas en la noche negra.
...como una azucena mustia!

Alma! tú tienes... yo sé
lo que tienes!... alma mía!
Pensemos en ésto que
nos ha muerto la alegría.

Alma mía! yo no sé...

Pensemos en esa blanca
quimera que has perseguido,
esa quimera que arranca
sollozando de tu nido.

En esa quimera blanca!

Y acaso así olvidaremos
esta angustia, poco á poco,
ó con ella misma haremos
algún nuevo ensueño loco!

Acaso así olvidaremos!

JORGE GONZÁLEZ B.

Dando frente al ala derecha del palacio de gobierno, se levanta una especie de alcázar. Es una construcción soberbia y suntuosa, cuyos departamentos están amoblados con un lujo oriental.

En tan rejio recinto, se albergan la imprenta, la redacción y la administración de uno de los últimos periodicuchos del país. Publicación enteramente des-



Misael Correa.

prestijada, gracias á su timidez y á su falta de ideales nobles, apenas si logra vender doscientos ejemplares. Es un milagro que pueda sostenerse semejante paquin.

Director del diario es un tal Misael Correa, tipo petulante y orgulloso, que ha logrado atraerse la antipatía de cuantos tienen la desgracia de tratarlo. Alto como un patagon, rubio y colorado como un inglés, viste con la elegancia de un figurin. Es tan aristócrata que, rara vez, habla directamente con los empleados. Por sus modales tiránicos se le podría comparar á un pachá de tres colas; gracias á sus desaciertos, el diario que recibió grande y próspero hace diez años está hoy al borde de la ruina.

En cuanto á su talento literario anda á parejas con el de un atún. Escribe unos artículos pesados, sumamente largos, llenos de galicismo y de faltas gramaticales. Sus artículos se los leen á los presos en la cárcel, como penitencia.

En cambio, el redactor principal, don Alejandro Silva, es sumamente divertido. Se le tiene por el primer escritor satírico del país.

Mucho más graciosos son todavía los artículos de don Rafael Maluenda. Cuando este joven escribe sobre instrucción pública ó sobre las cantinas del centro, los lectores se caen muertos de la risa. Su decir en letras de moldes tiene tanta punta como el del célebre Anatolito, *espejo* de ironistas.

Maluenda es el niño bonito del diario. Resulta peligroso que vayan señoritas á la imprenta, porque quedan flechadas para siempre. Si no fuera porque su modestia raya en lo increíble, ocuparía un puesto prominente en las letras nacionales. Cierta que sus cuentos están burdamente escritos; pero son de una realidad pasmosa. Luego, sin más elementos que un pastel, un trigal, un sol ardiente, una luna piadosa, un rastroy y una vaca parida, fabrica diversos paisajes al gusto del consumidor.

Secretario del director es un bohemio incorregible: el negro Nathanael Yañez. Por el lamentable descui-

do de su traje, cualquiera lo confunde con un operario de la prensa. Su vida es irregular y disipada; se lo lleva metido en las tabernas de la peor especie, malgastando su salario, sin tenerle lástima á sus numerosos hijos. Le han encargado la sección teatros y sirve el puesto tan mal que cualquier empresario se lo compra por un vaso de cerveza. En cambio se muestra insensible á las miradas de las tiples. Aunque todas sus críticas son dulces y halagadoras y prodigio elojios á «Nuestras Víctimas», Yañez es un individuo canalla y de pésimos sentimientos. No se debe tener la menor confianza en él. En cuanto á su talento de novelista, es nulo, aunque Armando Hinojosa está empeñado en creerlo superabundante. Hay muchos jóvenes periodistas en Santiago, entre los cuales se cuenta Raposo, que se encuentra encantado por la literatura de Yañez: considera sus cuentos los primeros del mundo. Al revés, en provincia los encuentran cursis y vulgares. Tal vez por esto, Yañez es un literato enteramente ignorado en el país. No saldrá nunca de la obscuridad, debido á su mala costumbre de no firmar nada.

Maluenda y Yañez tienen sus mesas escritorio en una sala comun. Por cierto que se profesan un cariño estrañable: son la repetición del caso de Castor y Polux. Los dos han empollado y crecido bajo el ala protectora de don Misael; de ahí la conformidad de sus gustos y de su modo de pensar. Mutuamente se proclaman genios.

Por un acto de inhumanidad y de barbarie, han encargado una de las más pesadas labores de la redacción del diario, á un pobre tísico: el joven Honorio Henriquez. Este infeliz sujeto está tan flaco que ya se lo vuela el viento. Cualquiera día encontrarán su esqueleto deblado sobre un escritorio. Si queda un resto de compasión en el alma turbia de don Misael, le suplicamos que tenga lástima á «esa imájen espantosa de la muerte».

Encargado de los reportajes de sensación, está un joven alto como una torre y delgado como un fideo: Vicente Donoso Raventós. No es chileno pues nació cerca de Pekin, pero se ha aclimatado con nuestras costumbres. No falta quien crea que el actual Vicente Donoso es falsificado; el verdadero se quedó en Nue-

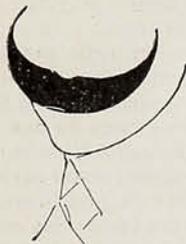


Rafael Maluenda.

va York, casado con una yánqui. De cualquier modo Donoso es hombre que procede como un inglés en los actos más menudo de su vida: se le podría llamar el hombre reloj. En efecto llega todos los días á la imprenta á una hora fija y se pone á trabajar tesoneramente. Su carácter es tímido, apocado y respetuoso. Cuando entra á hablar con el director, no se atreve

ni á levantar la vista. Es el más grande admirador que tiene Maluenda: en prueba de profundo homenaje, le regaló un día un par de espuelas, unos zapatos puntudos y un pañuelo colorado.

Para los casos de apuro, el diario cuenta con un atleta, cuyos puños podrían superar á los de Jack Johnson. Este gran campeón de box y lucha romana se llama Luis Cano y nació en Colombia. Hace poco lo nombraron cónsul, y todo el cuerpo diplomático se quedó espantado de su figura gigantesca. A pesar de esta superioridad física, es un joven modesto, callado



N. Yañez Silva.

y tolerante. Solo se preocupa de su trabajo, que es abundante y rudo.

Juntos estan en la crónica los sujetos más charlatanes, dicharacheros y graciosos de todo el diario: Arturo Fuentes i Januario Espinoza. El primero sobre todo, se rie hasta por el vuelo de una mosca. Da miedo ir á su oficina, porque lo entretiene á uno con sus chascarros y con conversaciones amenísimas. Es tan amable con todos que llega á ser meloso. No hay memoria de haberlo visto enojado ni con un semblante



Januario Espinoza

triste: merecería llamarse Arturo Alegría. En cambio de estas bondades puramente esteriore, el el hombre más informal y «fallero» que se conoce. Casi no va nunca por el diario, y las pocas veces que asiste no hace absolutamente nada. Debido á su pereza su seccion está en pleno desorden. Los reporters no le tienen respeto alguno, porque de noche se pone á jugar con ellos al tejo y al matasapo. Hace años que Fuentes está empeñado en una campaña: la supresión de las carreras de caballos. Un día lo llevaron por la fuerza al Club Hípico, y la suerte, por sujetarlo entre sus redes, le hizo acertar un batatazo de cien por uno. Apesar de esto, sigue en su campaña.

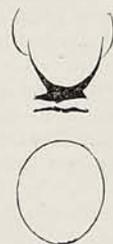
El guaton Espinoza que no ve más allá de su gomerero, también odia las carreras: nunca han logrado llevarlo ni amarrado á ningún hidódromo. Este joven suele escribir dara meterse en lo que no lo importa, y modestamente se firma «Doble» pudiendo ser hasta «cuadruple». Es el único que puede competir con Cano en box y en lucha romana.

Diariamente llega por la crónica un jovencito pálido que en verano anda muerto de frío: el gran Jeraldo Castillo. Este Castillo no tiene otro defecto que el de ser un admirador entusiasta y fanático de el redactor hípico de «El Mercurio». Por lo demás no habla nunca: hay que sacarle las palabras con tirabuzón.

De la sección fotograbado están encargados los interminables Ramos. Nadie sabe de fijo cuantos son: en el diario hay como una docena.

Jefe de la sección es el «ñato» Santiaguito, mozo sumamente divertido cuando conversa y soso en las piezas que escribe para el teatro. El dice que nació en España, pero es más chileno que el negro Díaz. Para españolizarse más escribe unas chulerías, en que aparecen ña Encarnación, doña Quiteria, y señá Casimira.

Antes de terminar estas verídicas líneas, preciso es hablar del administrador del periódico. Desempe-



Guillermo Gonzalez.

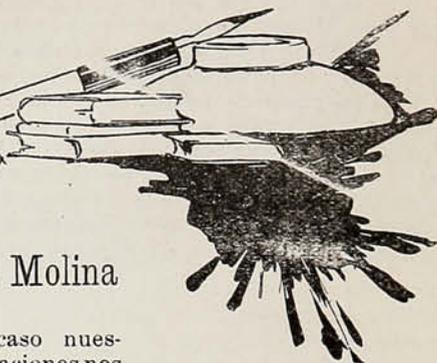
ña el cargo el iluso Guillermo Gonzalez. Es un soñador incorregible, que usa melena y se lo pasa todo el día declamando versos. Toda su vida la reduce á una «sensación de arte». Si de él dependiera llenaría el diario con poesías modernistas y cuentos de Yañez. Es, además, un derrochador incorregible: se empeña porque todos los empleados pidan anticipo; y los días sábados va de oficina en oficina repartiendo el dinero. Solo Donoso se niega á recibirle. Debido á su pésima administración, el diario va á su completa ruina. La poca plata que cae la gasta en lujo y en ostentaciones. ¿No se le habría ocurrido últimamente, que la escala por donde se sube á la redacción fuera de puro jaspe?

Resúmen: que este diario no puede durar. Debemos alegrarnos que muera un papelucho tan impopular y mezquino. Guillermo Gonzalez será su sepulturero.

KALIBÁN.

P. S.—Anexa al diario, aparece los domingos una «Página Española» en la cual escriben un Goliat catalán, Mario Mitjans, y un viejo andaluz, el señor don Lucas Villegas y Ansaldo. Lo único que se puede decir de Mitjans es que se muere por Felipe Trigo y no se sabe con fijeza si es más «fenicio» que literato ó más literato que «fenicio».

Al margen de los libros



Al margen de las conferencias de Enrique Molina

...Si la ciencia ha destruido a la humanidad muchas ilusiones, le ha dado en cambio muchas certidumbres con las cuales los hombres viven mas serenos y alegres de lo que estaban con las ilusiones ahora perdidas.

E. MOLINA.

Muchos son los problemas que en la hora presente se abren aún como signos de interrogación ante el porvenir de las repúblicas indoespañolas; muchos y de muy dudosos alcances. Recientemente Francisco García Calderon aventuraba en su libro «Les Démocraties latines de l'Amérique» simpáticos anuncios de conquistas intelectuales y prácticas que habrán de fortalecer el porvenir de la América latina con los frutos de una democracia inspirada en altísimos ideales; y, ahora Enrique Molina, maestro de no pequeña parte de la juventud chilena, se ha dado a la labor de analizar y deducir los fines capitales hacia los cuales deviera derivar la enseñanza secundaria en Chile, que algunos aficionados (así sean Tancredo Pinochet en «La Conquista de Chile en el siglo veinte» y Francisco Antonio Encina en «Nuestra inferioridad económica») pretenden hacer evolucionar hacia un ideal —si es que así se pueda decir—razonadamente práctico.

Enrique Molina, que dista mucho de ser un intelectual frío y un calculista metódico, pues a pesar de estar de lleno dedicado al apostolado de la instrucción cultiva con amor frescos entusiasmos científico-artísticos, encarna firmemente en la enseñanza oficial chilena esa tendencia altamente fecunda y tradicionalmente latina, que basa la acción educativa en un eterno «devenir» de ideal y de energía. De él se pudiera pensar lo que de aquellos jóvenes atenienses que cruzan por los diálogos de Platon renovando una virtud espiritual y física. Entre los maestros de la juventud americana, junto a los Rodó, a los Vaz Ferreira o a los Valdes Cange, la actitud de Enrique Molina es representativa dentro de su realismo positivista. «Uno de los ideales de la educación moderna—Lo dicho en su primera conferencia—es la formación de personalidades». Sentado este principio ya podemos presumir lijaramente hacia donde tiende su crítica de los sistemas actuales de enseñanza. Por tradición nuestros establecimientos y nuestra universidad han formado hasta hoy solamente bachilleres ignorantes y profesionales egoistas; y, quienes, como los Lastarria, los Bilbao, los Amunátegui y los Barros Arana, gracias a un estudio tesonero derivaron en las tareas puramente especulativas y especialistas, fueron considerados entre el número de intelectuales fríos y razonadores que, desdeñados por las mayorías indoctas, se apollaron entre los libros y en las cátedras superiores. Molina ha recordado que en Chile se mira con muy pocas simpatías el intelectualismo. ¿Porqué? Acaso, como nos lo hiciera presente Unamuno, hay algo de cortajines entre noso-

tros? ¿Acaso nuestras inclinaciones nos llevarán hacia ese ridículo practicismo industrial en el que creen encontrar una probable salvación no pocos patrioterros huecos que, en fuerza de armarse económicamente en contra de una soñada hegemonía comercial de los Estados Unidos, nos sacrifican en el peor de los suplicios, como sería aquel de mercantilizararnos en nombre de una futura riqueza, sin tomar en cuenta siquiera fuesen las condiciones de nuestro pueblo. Si pretendemos competir con ellos nuestra actitud será la de aquel gusano que intentaba carcomer un roble; si imitarles, algo hay en nuestra idiosincracia que nos traiciona. ¿Sería lógico suponer un paralelismo remoto entre las condiciones etnológicas de los pueblos del Norte y nuestras tendencias de latinos meridionales? O, si como soñaba el sociólogo francés... ¿nuestra salvación estará acaso en la pretendida imitación de otros pueblos cuyas condiciones resultan negativas respecto de nuestras excelencias espirituales? Ya Jaime lo dijo: no es posible apropiarse el alma de un pueblo y hacerla crecer como una planta en climas y terruños extraños a su vida y a su organismo, mecánicamente cuando está determinada para tales o cuales latitudes. Y trasplantar no es crear.

Enrique Molina ha sido el mas esforzado en protestar contra esta orientación bárbara y descabellada que pretende encauzar nuestra enseñanza dentro de un canal de hierro, cuya desembocadura se abrirá como la boca de un Dios enorme (el mito de Mercurio) para tragar ideales, ensueños y bríos de belleza y de amor. Y no es que Molina estime o pretenda que un humanismo exagerado o un intelectualismo a macha martillo hayan de ser nuestros salvadores, lejos de sus intenciones tales avances inconsecuentes; pero si que, en el mas alto grado, pide él la enseñanza secundaria la formación de personalidades, conciencia de los deberes y virtud de frescos ideales. No es que por huir de una pretendida amenaza industrial vaya a caer en el temible culto del «diletantismo» científico, culto de «sendos cientistas que Brumetiere atacó sin cuartel entre sus paisanos, ni en las abstracciones de tal o cual corriente que intenta orientar los estudios hacia una pretendida cultura de laboratorio, fría y egoísta como lo que mas. El solo ejemplo de la España del siglo XVIII le habría convencido de lo contrario. Apartándose completamente de los extremos Enrique Molina busca y propone un término medio que concilie las dos tendencias asignándole cierto ascendiente de prioridad a la segunda que está mas cerca de un posible desideratum nacional.

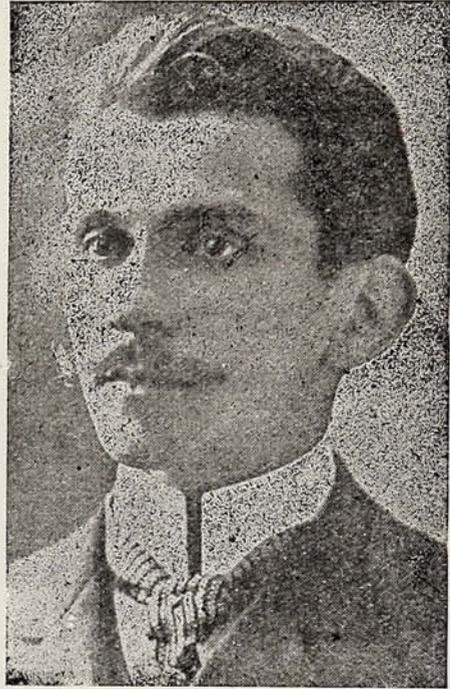
Desgraciadamente, sucede que nuestros practicistas, (ya que no pragmatistas) no han logrado conciliar sus aspiraciones: hay quienes, como Tancredo Pinochet, quisieran convertirnos en una gran fábrica de actividad y de animalidad (no lo dice pero lo da a entender claramente); y hay quienes como Francisco

Antonio Encina,—ya lo ha recordado Enrique Molina en sus conferencias—idealizan el hombre de negocio hasta exacterarlo en una especie de mito positivo; ambos pretenden establecer una colectividad cuyo sentido moral fuese una especie de «secreción» de la «conciencia práctica». El punto central del problema descansa en el individuo. Enrique Molina analiza este tipo especial, A ó B, y llega á suponer que, como elemento de cohesión social, es perjudicial ya que no nulo. Un hombre de negocios, ó, más bien dicho, este hombre de negocios, á pesar de cierto grado de filantropismo que sería dado suponerle, (aunque entre nosotros los Carnegies y los Rokefeller no existen) es un egoísta calculador, mezquino por razón intrínseca de sus intereses. Su acción dentro de la colectividad tiende ante todo á beneficiarle aún cuando sea á costa del sacrificio de los demás. El tiene su moral «ad usum»: encarna el tipo clásico del «bildungphilister» de que hablaba Nietzsche. Su ideal está limitado por la barrera de su actividad unilateral. Dentro del grupo social representa un valor más ó menos cotizabile según el tanto por ciento de interés fijos. Por mucho que este ideal se exajere, como sucede en la novela célebre de Freitag ó en el libro de Francisco Antonio Encina, resultará un exponente individual dependiente de «sus» circunstancias, pero de un individualismo desquiciador que en el mejor de los casos deriva (recordemos «Raza Chilena») hacia un nacionalismo estrecho, tanto más perjudicial cuanto que significa una auto-defensa, la defensa de la abeja que defendiese el alvéolo en que guarda su miel contra la asociación ó contra la sociabilidad del panal, en el supuesto caso de que las abejas se preocupasen de tales cosas, propias de los hombres, según el decir de Rabelais.

Así pues si esta concepción práctica de la enseñanza se basa en el culto del individualismo, el fracaso estará en razón directa del mayor despliegue de ambiciones personales. Los resultados se prevenen fácilmente. «Los prácticos—dice Enrique Molina («Un pensador Norte-Americano») han ido á buscar apoyo y ejemplos para el sostenimiento de sus predicaciones en la vida de las razas y de los estados más avanzados del mundo; pero lo cierto es que, por ser los casos aducidos citados con un fin determinado, no contienen las más veces toda la verdad y queda siempre algo en la sombra que sacado á luz destruye y desbarata lo que se ha presentado como fundamento sólido de lo que se afirma ó predica. Los Estados Unidos de Norte América han formado y forman un arsenal muy preferido donde encontrar sustentáculos de la vida práctica. Y sin embargo, la vida de aquel gran pueblo examinado con más amplitud se presta á consideraciones y ofrece diferencias de los más variados matices que están muy distantes de corresponder á las admoniciones prácticas que se nos ha-

cen aquí (1). Por ser aquella una sociedad esencialmente democrática—sin que el éxito inmerecido ó repentino deje de tener adoradores,—no obstante, lo práctico allá es la dignificación del trabajo, mientras que entre nosotros, lo práctico es, ante todo, la dignificación de la fortuna y del oro adquiridos con ó sin esfuerzos».

Si uno de los fines principales de la enseñanza moderna consiste en fortificar ideales ¿dónde iríamos á buscar y á suponer los ideales de un hombre práctico que más fué dignificar el trabajo idiosincrasizándolo



El señor don Enrique Molina

como dos yanquis sólo pretenden dignificar la competencia frente al elemento extranjero, cerrando las aduanas, en lucha sorda de ambiciones, de expoliación y acaparamiento manufacturero, que tarde ó temprano beneficiarán á una burocracia repugnante, señora del «trust» y del impuesto? ¿Dónde?...

La pregunta queda abierta como una interrogación ante el porvenir y ante el pasado latino: seamos pobres pero dignos; seamos dignos sin asesinar los ideales por la espalda.

ARMANDO DONOSO.

(1) Es necesario recordar que esta conferencia fué dictada en la Universidad de Chile en Julio de 1907.



NUEVA MARGARITA

Te he visto en mis amores cual nueva Margarita prodigando caricias con jesto señorial; repartiendo los dones de tu gracia infinita entre los soñadores de espada y madrigal...

Cortesana moderna con la gracia esquisita de las desencantadas del arroyo oriental, cuyos túrjidos senos rítmicamente ajita la insaciable neurósís del deseo carnal;

Yo te adoro, te amo, porque amo lo exótico, y tu talle flexible y ondulante es neurótico, y tu ser es estraño como un sueño de amor...

Yo te adoro princesa, y me hundiera en erótico sueño, entre las hebras de tu pelo caótico, para gozar los ímpetus de tu histérico ardor.

DES GRIEUX.

PERFILES DE LA SIERRA



La nieve en plúmulas cae
y el viento abruma la sierra.
¡Parece que el viento estrapa
los sollozos de esta tierra!

Se arrastran los nubarrones;
el horizonte se exime.
Tras los agrios farellones
el llama paciente jime.

Misterio allí rezagado,
los muros «chulpas» están
junto á un matorral quemado
en la noche de San Juan.

Y están las matas en ruinas
de la nieve alzando el manto,
como un dolor que se empina
porque lo palpe un encanto.

Allá el agua se acelera
de un peñasco por la entraña
finjiendo hilos donde fuera
descolgándose una araña...

Y es la puerta oval, sombría,
allí en las «chulpas» mansiones
un ojo que desconfía
ya de las resurrecciones...

Aquí el sendero escabroso,
donde el indio, hijo del sol,
va alternando sin reposo
con la kena el alcohol.

¡La «kena»! Música «traña
que habla de ignotas edades;
clamor que sabe á maraña,
llanto que sabe á saudades.

Impenetrable alarido,
nostalgia de lo que fué;
grito para ser oído
cuando es cadáver la fé.

Salmodia cruel que se espacia
con una misma inflexión
para la vieja desgracia
y la recriminación.

Voz que suspira y que chilla
que hiela el alma y la idea,
que corta como cuchilla,
que como sangre gotea...

Sopla así tu pena amarga
y échala, «quichua», á rodar...
y si en el viento se alarga
brinda por su agonizar!

¿Tu alma lleva angustia plena
y tu «kepirina» alcohol?
¡Pues á la espalda la pena
y el tósigo al corazón!

Y de que tu llanto sube
no hagas la ilusión, borracho...
¡He visto aquí á tanta nube
que la enreda algun picachol!

Vacia no mas tus congojas...
No idealices tu penar...
¡Si aquí no crecen las hojas
cómo la flor has de hallar!

Caen la nieve y la noche,
—de lutos con un derroche,—
en tu alma y la de la sierra...
¡Así cayó el «huiracoche»
sobre tu gloria y tu tierra!

Y así, en anchurosa tumba,
miéntras el ábrego zumba
vas cayendo, hijo del sol.
¡Salve á lo que te derrumba:
fatalidad ó alcohol!

Es tu destino. Tu obra
ya ha terminado. Recobra
tu febea mansion alta...
¡Aquí eres dato que sobra
de historias que no hacen falta!

Allá el inca-rei te espera...
Cuéntale, porque lo ignora,
que la pólvora estrangera
barre aquí en su cordillera
de sus portentos la flora.

Que á la gigante resaca
de la ambición, yerra hambrienta
su raza, y que ante esa afrenta,
ni se encrespa el Titicaca
ni el Chimborazo revienta...

J. LAGOS LISBOA.

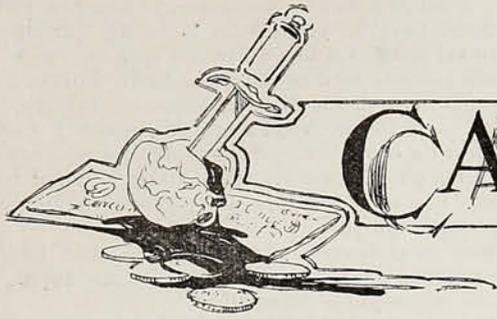
Bolivia, Altiplano.



EN EL POLITEAMA



La Estudiantina Española Pro-Patria



CARIDAD

de F. SANTIVÁN

A B. Rebolledo^oC.

—¿Y en dónde le dairme Usted?

Echó en derredor una mirada vaga y luego, deteniendo la vista en la copa de un arbusto besado por el sol:

—En cualquier parte—respondió—En donde toca. Algunas veces en una posada de los arrabales; otras, voy á dormir á mi casa... pero viven en tal miseria que prefiero quedarme aquí...

—¿Y pasa Ud. hambre?—volví á interrogar con mayor interés.

Miróme con extrañeza mezclada de algo que calificué de rubor.

—¿Hambre? Sí... Se pasa hambre,—murmuró con voz sorda. Y como si se arrepintiese de semejante confesión, paseó la vista con fujitivo ademán por los caminillos enarenados de los jardines y por los prados de césped oloroso y húmedo, sobre el cual saltaban algunos pajarillos.

—Los pájaros también tienen hambre, á veces—murmuró—Pero la primavera es buena... ¡es buena!

Yo lo observaba con verdadero interés. Era un muchacho alto y flaco, ligeramente encorvado de espaldas, cuello grueso y cabeza pequeña, de rostro tan demacrado que solo su vista aterroraba toda pregunta sobre su situación. Vestía un largo sobretodo, en el cual habrían podido caber tres personas de su grueso, tan grasiento y destrozado, que asomaba por los costos el cuero vivo. Un enorme sombrero hongo, sin duda de igual procedencia que el sobretodo, sumido hasta las orejas, le daba un aspecto cómico y deplorable, que hacía pensar en esos espantajos que los campesinos colocan en las viñas y sementeras.

—¿Y como ha podido llegar á este estado de miseria?—le interrogué.

Bajó la vista y guardó silencio.

—¿No ha encontrado trabajo en ninguna parte?—volví á interrogar.

Esta vez sacó la voz por debajo del ala de su sombrero, con un murmullo desfallecido.

—Trabajo?... me dijo.—Algo encuentro. Pero muy de tarde en tarde. Lo suficiente para no morir de hambre. Algún caballero suele darme su equipaje á la llegada de los trenes. Pero es difícil... prefieren siempre á los cargadores de oficio. Solo cuando me apura la necesidad...

Se detuvo. Cruzó por sus ojos algo de innoble y desvergonzado.

—¿Qué hace, entonces?—le interrogué, empujándolo á mayores confidencias.

Pero pareció cambiar de resolución, y se limitó á añadir con voz apagada, incolora:

—Entonces... hago lo que ahora: pido limosna.

—¡Pobre hombre!—compadecí en alta voz—¿Y no ha procurado emplearse de sirviente?

Inclinó la cabeza y vi que su pálido rostro enrojecía ligeramente. Comprendí que se sentía incómodo y que deseaba marcharse.

—¡Pobre!—insistí con la impertinencia que presta

un estómago lleno y un cuerpo abrigado.—¿No lo habrán querido ocupar al verlo en ese traje?

—Nó, no es eso—murmuró en voz baja, en la que palpitaba una visible molestia.—Es que no puedo acuparme... ¿Qué dirían las gentes si me vieran ejerciendo un oficio como ese? ¡Un Gana Pantoja de sir-



viente! ¡Imposible! Antes preferiría morirme ó arrastrarme por las calles como un gusano... Sepa que no hay en la ciudad familia rica que no tenga parentesco con nosotros. En un tiempo nos codeamos con lo más alto y tuvimos coche y palacio. Después murieron mis padres y vino la ruina... Usted comprende á que no podemos ser lacayos de nuestros iguales...

Su alto cuerpo se había erguido con cierta arrogancia aristocrática y hasta me pareció que aquel ga-

ban y aquel sombrero se remozaban para darle un porte distinguido.

—¡Ah, tiene usted razón!—esclamaba yo á cada una de sus palabras.

Y si en verdad no lograba convencerme, al menos vibraba en sus frases algo de incontrovertible que me hacía mover la cabeza en señal de asentimiento.

Pasaba en aquella época por un período de filantropismo que me llevaba á compadecer todas las miserias y todos los sufrimientos. Delante de mí tenía una desgracia indudable y sería una obra buena hacer lo posible por remediarla. Y al ver asomar por las roturas de los codos y las rodillas las carnes blancas y anémicas, asquerosamente sucias, sentí un vivo deseo de verlas limpias y cubiertas contra el frío. Pensé que en mi casa tenía alguna ropa usada y que á pesar de mi modesta situación no me faltaría un plato de sopa que ofrecerle á este mendigo singular.

—Amigo mío,—le dije.—Compadezco su desgracia y no deseo otra cosa que serle útil. ¿Querria acompañarme hasta mi casa?

El aristocrático pordiosero hizo una reverencia que no carecía de elegancia y respondió con algunas confusas palabras de agradecimiento.

Vivia yo en las afueras de la ciudad, en una hermosa avenida plantada de grandes olmos que refrescaban el ambiente y prestaban al paisaje una majestuosa serenidad. Mi casa era un viejo y solitario caserón rodeado por estensa quinta plantada de flores y árboles frutales.

Lo llevé allí y después de rebuscar en roperos y cómodas, le presenté un vestuario completo cuyas prendas, aunque usadas, podrían prestarle cierta apariencia decente. En seguida lo conduje al cuarto de baño y mostrándole la ropa limpia, el jabon y el agua, le dije:

—Lo dejo en libertad para que se vista. Si necesita algo, llame y se le atenderá.

Hizo una inclinación con su cuerpo flaco y se encerró en la pieza.

Poco después sentí el murmurar del agua y el roce producido por el frotamiento del jabon sobre el cuerpo.

Estaban las ventanas abiertas y venían desde afuera suaves bocanadas de aire tibio cargado de los perfumes del jardín. Pocas veces he sentido un placer más edificante que el que me proporcionaba la idea de que, gracias á mí, un pobre ser maltratado por la vida iba á salir de su situación para elevarse hasta un puesto de grata felicidad. «Qué fácil es hacer el bien!»—me decía balanceándome dulcemente en mi poltrona: «No sería difícil que estudiando y trabajando este miserable individuo pudiera surjir y labrarse un cómodo bienestar».

Después de algunos minutos de espera sentí que mi nuevo amigo trajinaba por la pieza vecina, ya calzado, y un poco más tarde sentí el ruido de la puerta que se abría.

No pude menos que lanzar una exclamación de sorpresa al verlo aparecer en el umbral, completamente vestido con su nuevo traje. Llevaba un grueso envoltorio bajo el brazo. El andrajoso mendigo de pocos minutos antes se había transformado en un personaje vestido con pulcritud.

—Muy bien,—exclamé—creo que ahora nadie lo reconocerá. Sólo falta que tome algún alimento. Luego iremos juntos á la ciudad.

Pareció un poco indeciso.

—Es que... murmuró al cabo de un rato. —Desearía botar esta ropa.

—No hay necesidad—le dije.—Basta que haga con todo un paquete y lo deje aquí. La sirvienta se encargará de llevarlo.

—Muchas gracias—murmuró, titubeando siempre, —deseo llevarlo yo mismo. Además, quisiera salir para «el centro» á una diligencia que me urge. Y si usted pudiera facilitarme un poco de dinero...

—¡Como nó!,—le dije, abriendo mi cartera.—Aquí tiene cinco pesos. Vaya á sus diligencias y vuelva á la hora de comer. En adelante, tendrá aquí su casa. Le haré arreglar un pequeño cuarto junto al mío. Y quiero que me considere usted como un amigo... un verdadero amigo.

Recibió el dinero, lo guardó en lo más hondo de sus bolsillos, y haciendo un lío con sus ropas, estrechó la mano que le ofrecía.

Poco despues, desde una de las ventanas, lo ví atravesar la polvoriento avenida sombreada de olmos y observé que se detenía junto á un canal que pasaba por el frente. Despues de echar una ojeada en todas direcciones, tomó su antiguo gaban y comenzó par rasgarlo en dos mitades. Luego, como si esto le pareciera poco, lo fué partiendo en pequeños trozos que arrojaba enseguida al canal. Cuando hubo terminado, recojió del suelo algunos objetos brillantes, los guardó cuidadosamente y se marchó con aire feliz, la cabeza alta y el busto erguido.

Esa noche lo esperé en vano: mi protegido no volvió.

La criada me hizo saber al dia siguiente que habían desaparecido del cuarto de baño algunos pequeños objetos de tocador. En vano procuré darme alguna explicacion de la conducta de este extraño personaje. ¿Por qué no volvió?

Lo que robaba era una miseria y lo que le ofrecía era el pan y el abrigo; casi un pequeño porvenir.

Durante algún tiempo medité en el asunto con cierta amargura y poco á poco, atraído por otras preocupaciones, concluí por olvidarlo completamente.

Sin embargo, un dia que paseaba por una de las calles comerciales de mayor movimiento, ví delante del escaparate de una tienda de comestibles una silueta que me trajo de golpe todo el recuerdo y las molestias de esta desagradable aventura. Era él. Estaba más sucio y haraposo que cuando lo encontré por vez primera.

Al verme pareció sobresaltarse, pero luego se me acercó, sonriendo forzosamente.

—Qué hay... ¿Cómo le vá?—le pregunté con cierta rudeza?

—Mal, ya lo vé usted...

—¿Y por qué no volvió por mi casa?... Aquel dia lo esperé hasta muy tarde...

Enrojeció lijeramente, pareció titubear y luego, mirándome con sus ojos inseguros en los que parecía brillar algo de innoble, me dijo:

—Es que...

Esperé un momento, observándolo con interés. Su rostro exhausto sonreía con depravada expresión.

—Es que... pensándolo bien, yo me dije: ¿Qué interés tiene el caballero en protegerme de ese modo?... Yo no sirvo para nada. No sé trabajar... Y me ofrecía su casa, me daba pieza, ropa y todo... ¿Sería por mi linda cara?... ¡Claro que nó! Entonces pensé que podría el señor tener algunas costumbres... algunas costumbres... ¿Cómo decirle? Y tuve un poco de miedo...

Aún no me explicaba bien sus palabras; pero había en su rostro algo de tan canallesco, que no me cupo lugar á duda.

Enrojecí de cólera y de vergüenza.

El muchacho prosiguió:

—Despues he pensado que fuí tonto... pero bien tonto. ¿Qué mal había en ello? El señor estaba solo

y yo podría... ¿eh?... Ahora... ahora... no haría lo mismo...

No recuerdo qué le contesté. Tuve impulsos de abofetearlo, destrozarlo como él en un tiempo desmenuzó su ropa inmunda. No sé tampoco cómo me desprendí de él. Sólo recuerdo que mientras procuraba mezclarme á la muchedumbre que traficaba por las calles, escuché aún por un momento su voz cínica que me perseguía, repitiéndome aquellas frases horrendas y viscosas.

¡Oh, el miserable! ¡Cómo despedazaba de golpe los sentimientos más jenerosos de mi espíritu!

Pero el tiempo pasó. Pude reflexionar con mayor serenidad sobre este asunto, conocí mejor á los hom-

bres, y pude constatar que el mendigo pensaba como la mayoría.

La llaga que corroía el alma y las entrañas de aquel desgraciado era más grave de lo que parecía, y para curarla, se necesitaba más que una vida de abnegación. No era tan fácil hacer el bien... Había que medicinar, no sólo a un individuo, sino á toda una jeneración.

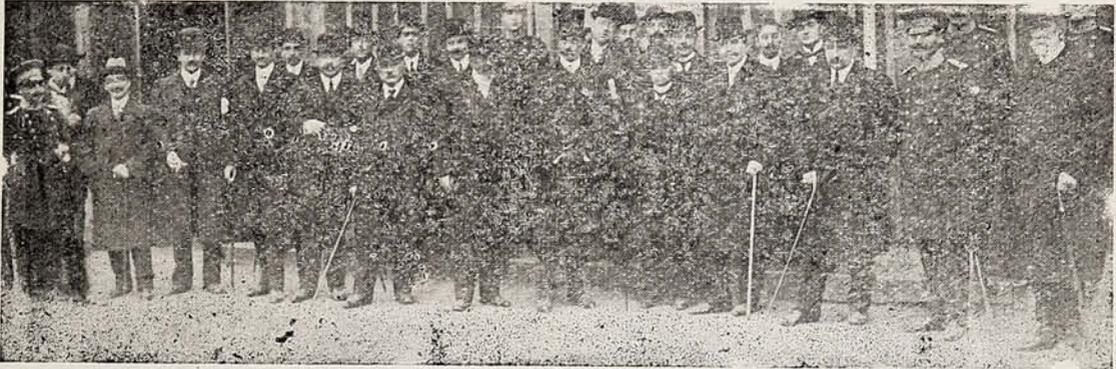
Por eso ahora no doy con tanta facilidad una limosna á los mendigos que me salen al paso.

En cambio, ofrezco con gusto todo lo que puedo para la fundación ó el sostenimiento de esos incubatorios de almas que se llaman: escuelas.

24-X-1911.

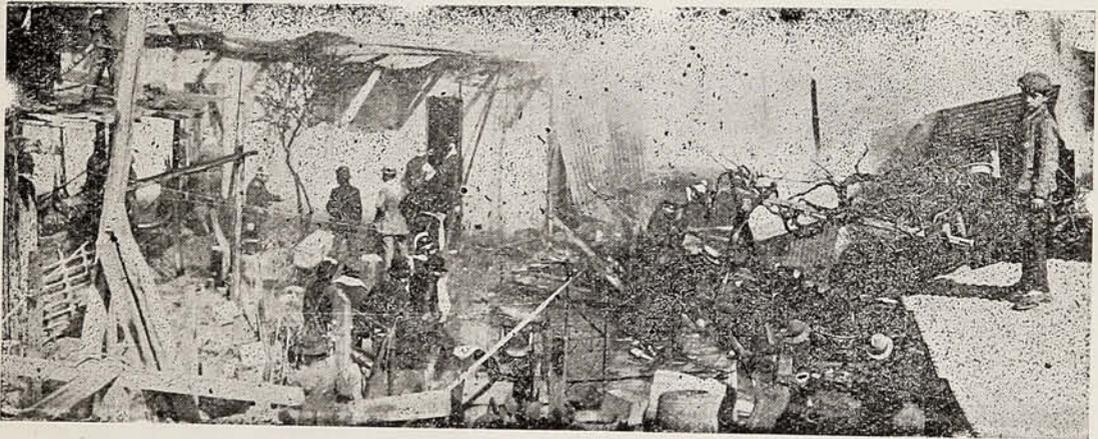
FERNANDO SANTIVÁN.

INAUGURACIÓN DE LA NUEVA LÍNEA A SAN BERNARDO



La Comitiva asistente á la inauguración

EL ÚLTIMO INCENDIO



Vista tomada durante el incendio en la calle Nataniel esquina Díez de Julio

VISIONES DEL PORVENIR

EN EL LICEO AMERICANO



El número señala la cantidad de víctimas...



Alumnas que hicieron su primera comunión el domingo último en la Iglesia de las Claras

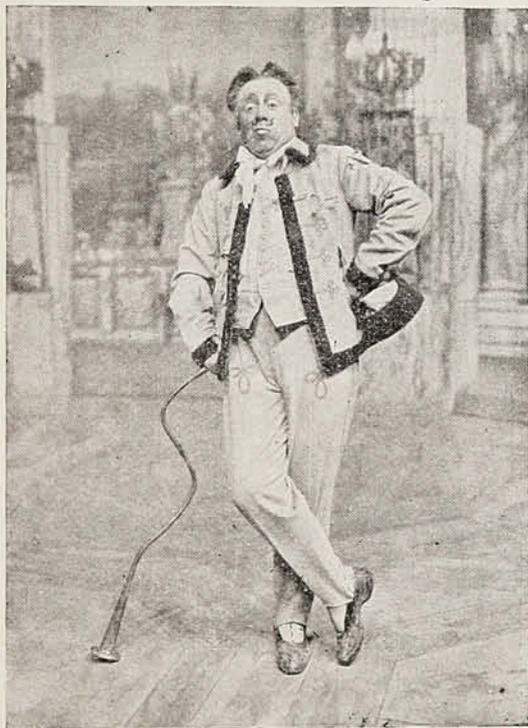
AMOR JITANO

Esta bellísima opereta que tantos aplausos ha merecido en ésta, acaba de ser estrenada en Londres con un éxito colosal.

La obra fué puesta magníficamente, como lo demuestran las fotografías.



Miss Sari Petrass, en «Amor Jitano»



Mr. W. H. Berry's, en «Amor Jitano»

TIPO DE INVIERNO

Era vieja ¡quien sabe cuantos años tenía;
Se pasaba estirada sobre un ancho sillón;...
Recibiendo la vida bajo el sol por el día,
Y por la noche presa de un enorme colchón.

Sobre el rojo yertado de su boca ya fría
Se dibujaba un hondo gesto de decepción
Cuando en la antigua rueca de sus años ponía,
Como un copo, el recuerdo de una muerta ilusión.

Y pasaba en silencio masticando saudades:
Citas, besos, suspirs que en remotas edades
Dió en el parque, en la Quinta, en el regio salón...

Y hoy tan vieja, tan vieja, con su boca ya fría,
Recibiendo la vida bajo el sol por el día...
Y por la noche presa de un enorme colchón.

GABRY RIVAS.

Santiago, 1912.



A SU PÓRTICO

(Del libro «Rubies» que aparecerá próximamente)

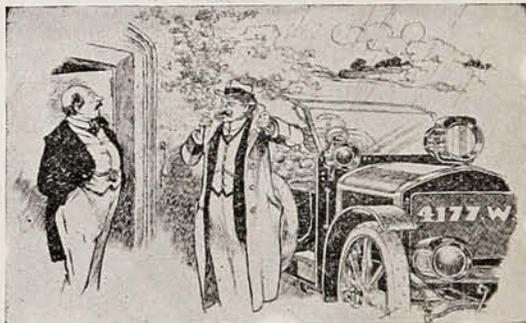
Sí; es ella. La anuncian los hieráticos
Pajes que arden en trajes escarlata,
Bajo el soberbio pórtico de agata,
Con sus rostros entecos y enigmáticos.

Fuera husmean los corceles extáticos
Vértigo loco en sus joyas de plata...
Y ella descende por la escalinata
Como una estrella de cielos asiáticos.

Y altiva pasa, diáfana, muy páiida,
Toda luz, toda ensueño, toda enferma,
Y entre un sueño de piel. su carne cálida...

Y sube... Y su fina media de seda,
Me deja un leve esbozo de su pierna
Y una suave caricia de resedá...

ERNESTO TORREALBA CONTRERAS.



—¿Qué quiere decir ese número que lleva el automóvil?
—Es el número de personas que ha atropellado.



Buen señor que atareado
vas por el barrio apartado
con paso precipitado

rumiando un remordimiento
porque perdiste el momento
de atrapar el diez por ciento,

detente sólo un segundo
y prueba el goce fecundo
de mi paz de vagabundo

que, lejos de hostiles ruidos,
pone todos los sentidos
en los balcones floridos;

en los discretos balcones
que alegran los vermellones
de jaranios y malvones

cuyos pétalos de brasa
saben quitar á la casa
su pesadez de argamasa...

Descárgate alguna vez
del fardo de la avidez
que anticipa tu vejez.

y rie con la alegría
de la flor que canta al día
desde la reja sombría.

Despéjate, adusta frente!
Alma de halcón, sueña! Siente,
corazon inpenitente!.....

II

Las flores en los balcones
las reciben como dones
los humildes corazones.

No he visto cosa mas bella
que la flamíjera estrella
que entre los hierros descuella,—

la estrella de la corola
en cuyo fuego tremola
algo del alma española...

¡Oh el encanto insospechado
que presta al balcón cerrado
el matiz tornasolado

de racimos y panojas
que cuajan, lágrimas rojas,
entre el verdor de las hojas!

¡Oh, la gracia familiar
de la mano—flor de hogar—
que se entretiene en regar

como quien riega ilusiones
las flores de los balcones
que le brindan sus botones!

¡Oh, la gloria del semblante
y los ojos de diamante
asomados un instante

al balcón que reverbera
cual si en él se resumiera
el primor de una pradera!

III

Yo os amo, dulces rincones
de paz con vuestros balcones
llenos de ambles visiones.

Vuestro encanto es el risueño
encanto de lo pequeño,
rico en amor y en ensueño.

Yo nunca os he de olvidar.
Cuando eche de nuevo á andar
horas tendré de pesar

al evocaros, balcones;
y acariciando una flor
la mejor de mis canciones
se alzaré en vuestro loor.

Siluetas Teatrales



Srta Blanca Suarez.



El popular Pepe Vila.

(Caricatura de Fernández.)



D. Pepe Moncayo.



Sr. Ruiz Paris.



Srta. Elvira Lopez Muñoz.



Sr. Manzano.

EL RETORNO

Cuando Clemente Carvajal empujó la puerta del «bar», una tibia atmósfera de restaurant, un hálito de cantina, impregnado de olor á tabaco y á licor invadió su rostro; al propio tiempo que se escapaba de allí un confuso clamoreo de muchedumbre apiñada, vociferante y movable, en que al ruido de las botellas que se descorchan, se mezclaba el tintineo de los vasos, el choque de las bolas de billar y la voz de un centenar de gargantas que charlan, que rien ó que gritan.

Entró, y sentándose en uno de los altos pisos que están cerca del mesón, golpeó en la cubierta:

—¡Mozo, un vermouht!

Le fué traído y empezó á beberlo á pequeños sorbos, como bebedor avezado, mirando fijamente hacia adelante, sin posar su vista en ningún objeto. De cuando en cuando leía inconcientemente los letreros de las botellas del escaparate, y volviendo á cojer la copita, la empinaba lentamente, derramando algunas gotas en sus labios displicentes.

Empujábanlo á veces para hacerse sitio en el mesón, y exclamaban á su lado con voz estentórea, que lo hacía salir de su ensimismamiento:

—¡Una Pilsener, mozo! ¡Eh! ¡eh! un bitter batido!

Hacía calor. Un confuso y constante vocerío emanaba de aquella jente que entraba, que salía, que giraba alrededor de las mesas de billar, que se apiñaba en el mesón. Allí dentro, el humo de los cigarrillos, el vaho de las tazas de café, la respiración humana, todo junto y mezclado, parecía flotar en el ambiente y subir hasta el techo en una nube cálida; densa, sofocante, que hacía asomar pequeñas gotitas de sudor en las frentes descubiertas...

Pero todo aquel oleaje de vida, aquel hacinamiento de seres que se divierten, que se aturden, aquel desorden de restaurant en día festivo, lo percibía sólo á ratos. Parecía preocupado. Con un muslo sobre el piso, sostenía con la diestra la copita, mientras que con la izquierda oprimía sus sienes, como hombre cansado de pensar.

Vestía con decencia, y su sombrero, echado atras, dejaba ver totalmente una de esas fisonomías que no llaman la atención del observador, indefinibles; vulgares acaso, aunque en sus labios caídos por sus comisuras, denotara cierto escepticismo, que más parecía venir de una vida contrariada que de una gran penetración de las cosas.

Clemente Carvajal, en efecto, empezaba á aburrirse á los treinta años. Espíritu voluble, inquieto, de esos que jamás se orientan en la vida, se había casado seducido por los encantos de una mujer que la realidad se los negó después. Impulsado por su temperamento y en mucha parte por las impertinencias de su su suegra, que le fué preciso llevar tambien á su hogar, se separó de su mujer sin que motivo serio alguno mediara. Viajó durante cinco años, situándose hoy en un punto, mañana en otro, no encontrando

jamás cimiento y consumiendo lentamente el pequeño caudal que llevó consigo.

Ultimamente, en un pueblo de la frontera, había adquirido cierta reputación como comerciante, y empezaba ya á prosperar, cuando se vió atacado por uno de esos proyectos de mudanza que lo asaltaban de continuo. Leyendo el diario una mañana, vió con gran sorpresa y poca pena la muerte de su suegra, y la idea de volver al lado de su mujer se apoderó de su espíritu movedido. Fué primero como un proyecto vago que rechazó de pronto por juzgarlo un tanto atrevido: pero después, volvió á pensar en él y lo rumió durante mucho tiempo; en seguida fué adquiriendo en su espíritu cierta consistencia, lo aceptó en principio, le pareció muy posible y hacedero, y al fin, la idea de volver á unirse á su mujer lo siguió á todas partes y se fijó en su cerebro como un clavo se afianza en la madera.

Desde ese momento no pensó sino en realizar su negocio y emprender viaje.

Y allí estaba, haciendo hora para ir á casa de su mujer, asaz preocupado con la escena que se le esperaba en el hogar que abandonó.

Se sentía como atontado entre tanta jente, sea por el ruido ó la atmósfera pesada, sea porque no había dormido la noche de su viaje. Pensaba en ella y meditaba como años antes meditara el proyecto de su matrimonio. ¿Cómo la hallaría? ¿Indiferente? ¿Implacable? ¿Dispuesta á perdonárselo todo? ¿Tendría algún amante?

La orquesta había empezado á tocar. Clemente alzó la cabeza y vió que sobre un tarimado cuatro músicos tocaban. Los violines jemían. Las notas ora lánguidas y apagadas, ora agudas y vibrantes, parecían aletear sobre la cabeza de los concurrentes...

Bebió un sorbo y se oprimió la frente. Trataba de imaginarse la escena. El golpearía; ella saldría. Primero debía tomarlo por un estraño. después daría un grito de estupefacción; entonces él debía decirle con la más patética de las entonaciones: «Hija mía, perdóname... aquí me tienes de nuevo... olvidémoslo todo!...» Pero he aquí que la veía ya fruncir el ceño, ese ceño temible, que cabalgaba sobre unos ojos claros, penetrantes, desconcertantes, sondeadores como la duda, y esclamar dominadora, fria, irónica, como en el instante del rompimiento: «puedes irte, no te necesito».

La orquesta jemía aun, y las melodías quejumbrosas parecían rebalzar el recinto, escapando por una puerta que se abría, para chocar con una ráfaga de bullicio que arrojaba el exterior con su tráfico de tranvías y carruajes.

Carvajal se sintió molesto, impaciente, y salió después de pagar su consumo. Mientras se dirigía á tomar el tranvía que debía conducirlo á casa de su mujer, se le ocurrió que debía entrar en una peluquería,

y allí empleó una hora en acicalarse, rasurarse la barba, peinarse y perfumar su cabello. *

Luego, en el tranvía, mientras rodaba á toda prisa, se deleitó viendo á vuelo de pájaro su antiguo barrio, las mismas casas que dejara, algunos vecinos... los árboles más crecidos y hermosados por el follaje de primavera. Parecíale ir demasiado de prisa y dábanle deseos de volverse. ¡Cinco años de ausencia! ¡Muerto ya casi para ella! Antojábasele que cometía una ligereza.

Pero ya había llegado; estaba ante su casa, y se apeó con una vaga emoción que le hacía sonreír nerviosamente y aligerar las piernas.

Se espesaban las sombras de la tarde. Un sutil velo parecía flotar en la calle poniendo una nota mágica en las cosas. Reía el viento en el follaje de las encinas, y las florecillas blancas rodaban por la acera... Transeuntes endomingados discurrían por allí. A lo lejos, vió encenderse algunos faroles, cuyas pupilas fruncidas, malévolas, zahirientes, tenían miraditas irónicas que parecían decirle: «Insensato! ya no es tuya, ya no tienes derecho!»

Llegó á la puerta y se detuvo. Miraba el golpeador y le temía como si hubiera sido una pieza eléctrica. Por fin, alzó la mano, lo cojió con cuidado y dió tres golpes tímidos, suaves, que le repercutieron en el corazón,

Una jóven que no era su mujer, acudió al llamado. Clemente se sorprendió y se alivió un poco. Preguntó por la «señora de Carvajal». Había salido. Entonces, como el desconocido tuviera trazas de caballero, se le pasó al salón, y la joven que no creyó cortés dejarlo solo, llamó prudentemente á una niña de pocos años y entró también.

—¿Tardará mucho la señora?

—Será cosa de media hora, caballero. Ha salido á hacer sus clases de piano.

Carvajal contemplaba á hurtadillas su antiguo salón; los cuadros, los muebles chillones y descoloridos, los retratos, entre los cuales descubrió el suyo, y detenía la vista en su interlocutora. Le parecía una transición entre la criada de casa grande y la señorita, y no se orientaba bien acerca de lo que sería.

Reinó un silencio breve, ese silencio que precede á la conversacion y durante el cual se acaparan ideas para empezar. Clemente estaba á punto de confesar el objeto de su visita, pero por un raro instinto de hombre irresoluto, acaso con un propósito secreto, se contuvo.

—¿Y usted acompaña á la señora?

—Casualmente, señor, vivimos juntas desde que nos aconteció á ambas una desgracia parecida. Yo perdí á mis padres y ella acaba también de perder á su madre...

—Vaya, qué sensible ¿Y se gana la vida haciendo clases?...

—Sí... le ha sido preciso recurrir á ese medio... sobre todo después que su marido la abandonó.

—¿Conque así? ¿y por qué?...

—Quien sabe... sin motivo parece... un mal hombre... Ya sabe Ud. lo que son algunos: se cansan de una mujer y la dejan sin más motivo...

—Hay que ser muy pérfido... muy...

Clemente no halló la palabra. Callaron. Añadió:

—¿Y mucho lo ha sentido ella?

—¿Ella? Nó... y si dijera á Ud. que casi se ha alegrado... Era, según me cuenta, un hombre tan antipático, tan descarafiado... uno de esos hombres que no se pueden querer, y que, lejos de aliviar la existencia de una joven, la hacen más penosa...

—¿Y por qué lo aceptó entonces como marido?

—Seguramente, porque al principio no lo conocí, y porque, según parece, su madre la obligó á casarse.

—Vaya, vaya... todo eso es muy... muy sensible, señorita.

Y Carvajal se sonó ruidosamente por velar la emoción.

—Calcule Ud.—añadió ella—un hombre que la engañó vilmente... ¿quién puede sentir la pérdida de un hombre así?.. un grandísimo hipócrita, un hombre sin corazón... que no siente dejar á una pobre mujer en la miseria...

El balbuceó:

—Vaya, vaya... todo eso es muy sen... sensible, señorita,—y agregó:—De modo que más vale que no vuelva...

—¡Qué va á volver... ¿cree Ud? Hace cinco años... Por otra parte, precisaría ser bastante... cínico... bastante... en fin, no sé cómo decir...

Callaron un momento. Un gatazo blanco se rozaba voluptuosamente contra las rodillas de Clemente. El lo arrojó de sí. Era su antiguo gato, su «Lulu» mimado. Movía el bastón nerviosamente, trazando invisibles rayas en la alfombra. Se sentía descorazonado, pusilánime, como quien ha recibido un golpe inesperado y secreto, y su inquietud crecía por grados.

Ella añadió, viendo la hora:

—No tardará en llegar.

A estas palabras, Clemente, como quien recuerda algo que olvidaba, dióse un golpe en la frente, miró á su vez el reloj y se puso de pie.

Ella lo miró asombrada:

—¿El señor se va ya?...

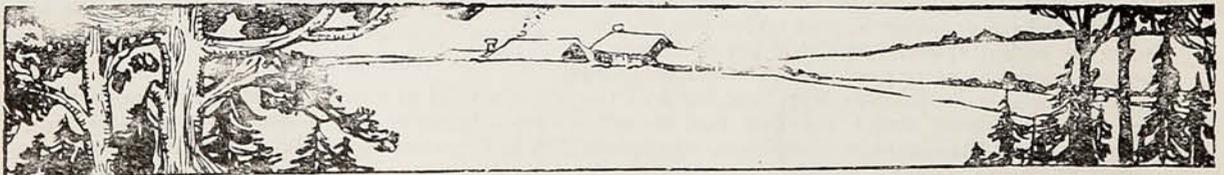
Carvajal había tomado su sombrero.

—Sí, señorita, disculpe Ud... me olvidaba... es preciso que vuelva, talvez mañana ú otro día... tengo una cita importante... Le dirá Ud. que se trata de un asunto de clases... una ó dos alumnas, ya hablaremos...—Y terminó desde el umbral:—¡Buenas noches, señorita!

Y la señorita se quedó sorprendida, preguntándose, mientras apagaba las luces: «¿Quién será?... ¡qué modo más raro de marcharse!»...

J. ORTEGA FOLCH.

Julio de 1912.



EL LECHO VACÍO



(EN LA ÚLTIMA CITA)

Junto al lecho vacío
y en la cruel obsesión de las quietudes
de una alcoba sin luz, llena de frío,
temblaron, vacilantes las virtudes
de tu amor y del mío.

La cita inolvidable
se escondía en tu cuarto, como un viejo
improductivo, bueno y aludable,
sin encender ni un pálido reflejo
de febril juventud irrazonable.

Las pupilas, los besos, las caricias,
se juntaban en tránsito silente
invadidas por todas las delicias
del amor inocente
que emerge como un sol de sus primicias.

Los sedativos roces no ponían
ni una inquietud de alarma; el racionio
y los temores de ofender abrían
la inmensa flor azul de un vaticinio
de amistades muy largas que nacían.

Las augustas miradas
incorporaban dichas tan felices,
de tan intensa castidad gloriadas,
que eran esos momentos sin deslices
promesas íntimas de futuras veladas.

Al impecable idilio
precedían ocultos bienestares
engrandecidos por el dulce auxilio
de narraciones únicas de azares
y mil ensueños que estragó el exilio...

Se desnudaban nuestras mutiladas
vidas, ante el influjo de un probable
eterno amor, y todas las jornadas
de la bohemia inexorable.

Surgieron del olvido misterioso
como una lánguida odisea,
como el camino triste y doloroso
de vuelta de un entierro en una aldea.

Y adoramos entonces
de nuestra Suerte taciturna
el instinto feliz... Lejanos bronceos
que guardaban en su urna
la última palomita nocturna.

La media noche edificaba
sus brujerías en la sombra activa
y hasta el mismo silencio se perfeccionaba...
Encendiste la luz y, rogativa,
me diste una mano que temblaba.

Mudos nos estrechamos
con secreto dolor de ser tan puros;
después nos apoyamos
en la aquiescencia fútil de los muros,

y vimos lo que nunca
quisiera recordar: la vela trunca
que zozobraba junto al lecho vacío
donde tus castidades se morían de frío.

Vimos tu lecho, abierto y sano
como una redentora cruz,
soñando con un goce humano,
maldiciendo tal vez el inhumano
tiranizar de la luz!

Y nos miramos hondamente,
y nuestros cuerpos se apretaron
y nuestros ojos se llenaron
de una linfa ardiente.

Nuestras vírgenes manos invadieron
ignorados depósitos, los vicios
se facultaron y surgieron
de entre los intericios
de los dedos repletos
de congeturas y secretos.

Los párpados sintieron la violencia
de un espasmo de sol indefinible
y en los cerebros la existencia
anarquizaba un mundo imposible.

En ese instante cálido
sin azul y sin Arte,
te pusiste muy pálida, yo me puse muy pálido
y sentí unos deseos locos de asesinar-te.

Y arranqué de tu sombra, que me viola,
porque yo era piadoso y porque tú eras sola.

Por eso aquella noche de calor y frío
te dejé sana y libre junto al lecho vacío.

Después escarneciste mi delito de haberte
alejado del rumbo de la muerte,
(a tí, bella y radiosa
como una mariposa)
sin que tú comprendieras
que no eran mis quimeras
las glorias de tu piel y tus pupilas,
sino tus confidencias fraternales,
las despedidas en la puerta,
las divinas señales
de que no estaba abierta
la tienda del vecino, para que tu descarrío
presuntivo no fuera conocido en el barrio,
pues si me hubieran visto saliendo de tu obs-
cura

alcobita de niña que trabaja en costura,
cómo te habrían hecho sufrir los balanceos
de las habladurías de aquellas viejas-reos
de las comunas pobres que todo lo pesquisan,
que todo lo comentan (sin que no las maltrate
el temor de las dudas) cuando se comadri-
zan al calor del bracero en las noches de mate...

Yo amaba, no el tesoro de tu materia
 seductora y fatal, sino el encanto
 de poder encontrar en tu miseria
 esta misma miseria que amo tanto,
 esta miseria mía sin prejuicios
 sin falsos resplandores,
 sin canas, sin indicios
 de vigiliat cubiertas de dolores.

Más, si á pesar del fondo
 de piedad que movió mi sentimiento hondo,
 me escarneces aun, bohemia triste,
 como otro tiempo lo hiciste
 cuando salvé tus días y tus gozes

de un virus que hoy conoces;
 si quieres ver al hombre que te incita
 —al hombre carne y brio—
 dame una cita
 junto á un lecho vacío.
 (Ya no tendré remordimiento
 ni alma azul porque sé
 que la virtud es un cuento
 que sale de los labios y que nunca se ve).
 ¡Junto á un lecho vacío
 nunca tendrá virtud el amor mío!

O. SEGURA CASTRO.

LA DIVINA EMBRIAGUEZ

Gentil vendimiadora, pica tanto el sol de este verano y están tan doradas las uvas en la parra verde, que me dan unas ansias de sentir jugo de frutos en la boca reseca... Vendimiadora, acerca tus labios.

El sol cae verticalmente sobre la aridez de esos campos extensos, y sólo aquí, en este rincón de la viña, tan lleno de paz, hay cerca de las audacias de mi carne, una boca dulce como las de las amadas de los poetas bohemios y sentimentales, un verdor de primavera en los brazos hirsutos de las guías y un jugo tibio, que es sabia de juventud, en la hermética entraña de las uvas... Vendimiadora... así: mas cerca tus labios.

Los moscardones revolotean por las ramas, siguiendo á la hembra, que como la mujer es esquiva; de la tierra, fluye un vaho caliente, amoroso, igual á los suspiros de las madres jóvenes y hermosas; en el espacio diáfano, donde la luz exterioriza combinacio-

nes extrañas, uno finje imájines de sueños, quemantes fantasías; el cielo, como á esos mares del turbador Oriente, que yo te hecho admirar en las admirables novelas de Loti, está intensamente azul; y tu pupila es azul; y tu traje de percal, tan limpio, también es azul; y tus labios están mas rojos que nunca... Mira tu que espectáculo el que nos ofrece esta naturaleza tan propicia! Tus labios estan mas rojos que nunca... ¡cuán bella esta vendimia!... ¡como va á chorrear el vino en los lugares!... Vendimiadora, que perciba tu aliento, esa fragancia... así: mucho más cerca tus labios... mucho más cerca... así, así...

Y si este filtro misterioso que de tus labios, robándoles el color, va invadiendo mi alma, llega á embriagarme, me encontrarán durmiendo esta divina embriaguez debajo de las parras, de las parras verdes, como á un nuevo anacreonte...

JORJE E. SILVA S.

¡ACORDÉMONOS DEL DOLOR
 DE CABEZA ANTES QUE
 NOS DUELA!



En venta
 en todas las
 Farmacias.



la cabeza de Miss Elliot, de exigua redondez, solo con manchas de cabello, por la suelta camisa se ven los senos flácidos y blancos, y el descarnado busto de la solterona... No cabe duda que la infelicitísima inglesa, es muy fea; y que es mucha pretension el enamorarse de ese modo de las resonantes monedas del colorado, gordísimo José Court... Sin embargo, ella tiene pena: sus prendas de vestir caen maquinalmente, con cansado descuido: su boca tiene un rictus amargo, sus ojos la sombra alada de un dolor. ¿Acaso el amor no tiene su encanto en un alma que ha amado muchas veces? Fruta tardía, dolorosamente perfumada por el desengaño; y de tan pura esencia que nace dentro del alma, vive escondida en ella como la semilla en el fondo del botón y nadie la descubre ni la nota. ¿Para qué? Como un ensueño, solo nace para tener el dulce placer de morir...

No os riáis; espíritus festivos, para quienes el dolor debe apagarse con risa; no os riáis, si la pobre solterona aparece en medio de la armazón de hierro y alambre de la crinolina, como un pájaro extraño al cual le hubiera quedado grande la jaula; no os riáis, si en la red de varillas, entumido y apelotonado, dormita el jilguerillo extraviado que talvez tomó por la rama de un árbol la sólida armadura de la época y por la apacible copa de sombra protectora, la abovedada oscuridad del vestido de Miss Elliot; no os riáis, espíritus alegres, para quienes el dolor ajeno es solo un accidente molesto que perturba la vida, no os riáis si Miss Elliot llora dulcemente, con lágrimas de suave tibieza, la fuga de su esperanza... esperanza que surge de su llanto, azorada y tímida, con sus alitas verde oscuras de jilguero.

y los torreones de oro... Y como si el castillete hubiera tenido un espíritu misterioso que lo animara, se siente al mismo tiempo un suave crujir de alas en el aire y puntos negros que revolotean azorados en todas direcciones...

Las cabezas siguen el revoloteo de los puntos negros, con sorpresa infantil; luego todos aplauden ruidosamente: Luchita Court lanza un chillido agudísimo, y encaramándose en la silla pide que le alcancen alguno de los jilgueros...

Sus admiradores y todos los jóvenes marinos del puerto, saltan de sus sillas y se atropellan tratando de cojer los jilgueros que vuelan como presintiendo un peligro; chocan contra los cuadros colgados de las paredes ó incendian sus verdosas alitas oscuras al pasar frente á la gran pantalla blanca de la lámpara belga... Un gran cuadro que representaba un naufragio, cae envuelto en una nube de polvo y sobre él se lanza un oficial del «Paquete de Maule» con rabioso deseo de cojer el pajarillo: Luchita Court, causa indirecta del imprevisto desastre, se chupa un dedo entre risueña y avergonzada, viendo á dos hombres cubierto de polvo, y jadeando anhelosamente, que le presentan cada uno, un jilguero...

La risa estalla como una brisa refrigerante, y las carcajadas purifican el ambiente pesado y terroso: Luchita besa los jilgueros, uno de los cuales tiene un ala rota, y mira al mismo tiempo á los dos marinos con retazona curiosidad...

Solo dos personas se han entristecido con la cómica catástrofe: José Court, cuya fina sensibilidad de hombre ingenioso, hubiera querido un aplauso nacido del fondo de las almas con la suave mesura de la admiración; y no la caza vulgar de los pajarillos, para entregárselos á esa coquetue-la con pretensiones de graciosa; y Miss Elliot, la delgada inglesa de las ampulosas crinolinas, que amaba á José Court, esperando que el gordo capitán le diese uno de esos lindos pajarillos como una delicada exteriorización de sus sentimientos: Luchita Court, esa tontuela que se creía irresistible, habia tenido dos... (Una arruga mas en la arrugada frente de la solterona) ¿Y el tercero? Miss Elliot levantó la vista hacia José Court...

Las ruinas del castillo pasaban tiernamente al estómago de los comensales... Miss Elliot tuvo en el fondo de su alma una gloriosa resurrección de esperanzas: al tragarse una almena cuajábase en ilusión en su alma de cincuenta y cinco años, y una mirada dulce como el almibar de las jellatinas de membrillo que titilaba extrañamente en el centro de la mesa, salía de sus ojos y se abatía sobre la carota rubicunda del capitán.

¿Y el tercero? Ahora su esperanza, dentro de su alma, era

casi una realidad, seguramente la vírjen la protegía, y ponía á prueba su ansiedad con la deliciosa pérdida del jilguero...

La conversacion habia enmudecido; la pérdida del pajarillo los preocupaba á todos, á medudo deteniase un trozo de dulce en la mitad de su camino, y la cabeza se volvia en todas direcciones buscando una mancha en la suave luminosidad del comedor.

Luego todos se miraban con cómica seriedad, y en las bocas abiertas previamente sepultaban un trozo del almibarado castillejo... Luchita Court, el cerebro de la reunión, formuló, por fin la gran pregunta, soltando el jilguero de las alas rotas que se estrelló sobre una pera de dorada epidermis... ¿Y el tercero?

Volvieron á mirarse seriamente; y la pregunta corrió por toda la mesa como una escala de notas sobre el teclado; ¿y el tercero?

Empezaron las agudas voces de las damas de las crinolinas; y las notas graves de los maridos, concluyendo: ¿y el tercero?

El oficial del «Paquete de Maule», el dueño del jilguero del ala rota, se inclinó al oido de Miss Elliot:

¿Ha visto Ud que coquetuela?

¿Que no pide tambien el tercero?

El misterio comenzó á llover su tristeza superticiosa sobre todos: bastaba esa desaparición para que en ellos lo sobrenatural tomara la forma de un miedo anheloso manifestado por la oscuridad del pensamiento y por una pequeña opresión sentimental.

A la una, José Court despedía á sus contertulios en la puerta: en el templado silencio de la alta noche, las risas y las voces formaron una estraña algarabía: comentábase en todas las formas la desaparición del jilguero; pero la inquietud habia pasado: habían comido, y se deseaba el descanso.

¡Buenas noches, José!

Es una voz suave: Miss Elliot que se despide.

¡Buenas noches, José!

Un portazo conmueve el silencio, y vibra largamente en la pura atmósfera portefña, impregnada del plateado polvo de los astros... En sus últimas vibraciones se oye una vez mas la voz mimosa de Luchita Court.

¿No se escaparía por el tragaluz?

Una carcajada de Luchita revoluciona el aire nuevamente; y luego la calma, la calma tibia y pura de los puertos, vela sobre el pueblo dormido, y sobre ella, llenándola dulcemente, como la voz de la negra noche, rezonga el mar á lo largo de la costa.....

A nosotros, los que sin inventar, estudiamos los sentimientos, nos interesan mas las almas que sufren, las almas cuyo quieto vivir es perturbado por alguna pena, herida espiritual que apaga el sol de la sonrisa, y vela las pupilas con la niebla suave de la melancolía... Dejad que Luchita Court arrebose su diminuto cuerpecito en la capa de pieles, y que los apacibles marinos sueñen, con el es ómago cansado, en la blanca caricia de la alborada... A nosotros solo nos interesa la pobre Miss Elliot, la ridícula solterona de las crinolinas exajeradas y de las trenzas postizas. Ella tiene una herida en el alma y el puñal aun está en ella, porque la duda y la esperanza aletean con cansado vuelo dentro de su alma: el jilguero no habia aparecido, luego podia esperar; sin embargo muy bien pudo haberle regalado una flor en lugar del pajarillo... José Court era muy tímido: Miss Elliot se guardaba muy bien de suponer que José Court podia no quererla... El alma de la mujer es siempre bella, por el solo hecho de ser mujer; y necesita convencerse en todo caso que su alma interesa al hombre: de otro modo no podria entregarse... El hombre al propio tiempo, no rehusa un alma llena de pasión, aunque la copa sea de barro... Sin embargo, José Court no estaba en este caso, y la llama apasionada se consumia en el alma de la inflamable inglesa... Ahí la tenemos próxima á llorar, ocultando su descarnado perfil en la calada pañoleta crema, y hundiendo luego su angulosa silueta en el soportal de su casa, la casa de Charles Elliot... Ahí la tenemos, en su pieza de solterona medrosa de la madurez que llega, sentada en el lecho de madera, el sencillo catre de madera, de nuestros abuelos. Una lamparilla, de opaca pantalla blanca, envuelve la pieza en una penumbra medrosa y titilante: como en sueños dormitan los cuadros de las paredes, y languidecen, envueltos en la sombra, los vestidos colgados en la percha, en un rincon de la habitación..... El lecho lo baña enteramente la luz.....

¿Encontrais inmoral que desnude á la enamorada solterona?

Ella es fea; ni un encanto le resta de su antigua esplendidez, sino es la eterna juventud del alma... La fealdad exita mas bien la compasión; solo la belleza jóven, el cuerpo sano donde la vida se esparce y se disemina hasta en la sonrosada convexidad de la ña, produce otra sensacion de vida, la esplosion del placer, maravillosa flor que en el artista es la emocion de la belleza plástica y en el hombre el deseo de crear la vida...

Ahí la teneis, pues, en camisa: los tirabuzones postizos manchan la blanca cubierta del marmol del velador, y dejan



**PLUMA
Y
LAPIZ**



Suscripciones:	1 Año	\$	15.00
	Al extranjero	»	20.00

Para suscripciones, avisos, informaciones, dirigirse al señor *J. A. Siburu*, Administrador de PLUMA Y LAPIZ, casilla 2443, Santiago; y al señor *E. Montenegro*, EL MERCURIO, en Valparaíso.



Crema de Oro

Vea Ud. lo que dice la Ciencia Universal: «Nada supera su eficacia a esta maravillosa Crema para la conservación del Cutis, concluir con los granos, señales de viruelas, grietas, los paños, etc. Una mujer que usa la Crema de Oro se encuentra preparada para competir en hermosura con las mas bellas...»

Boticas y Perfumerías

Francois Saint Bonnet
Parfumerie, PARIS

El Profesor.—Bueno; en conclusión: ¿Cuál es la economía?

Alumno.—Sabido es que una mala digestión...

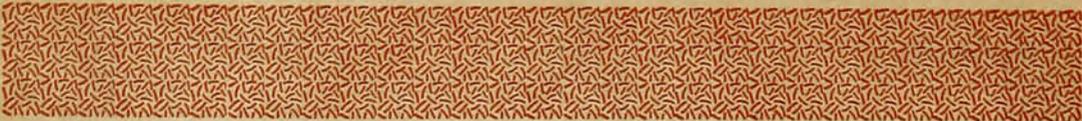
El Prof.—¡Pero qué digestión ni qué niño muerto... qué tiene que ver,

Alum.—Señor, quiero decir que una mala digestión, acarrea gastos como ser de médico, medicinas y demas enjuagues, lo que se evitaria tomando antes de cada comida una copita de

Cinzano

He ahí la economía
—¡Aprobado!





Imprenta

Sud-Americana

A. PRAT, 1122

EJECUTA TODO TRABAJO

◇ DE IMPRESIONES Y ◇

ENCUADERNACION. ◇ ◇

PRECIOS EXCEPCIONALES

RECIBE ORDENES DE PROVINCIAS